

La era de Hitler y cómo sobrevivir a ella

ALEC RYRIE

Traducción de María Antonia de Miquel

gatopardo ensayo 

Título original: *The Age of Hitler and How We Will Survive It*

Primera edición en inglés publicada por Reaktion Books,
Londres, 2025.

Copyright © Alec Ryrie, 2025

Publicado gracias a un acuerdo con Asterisc Agents,
en representación de Reaktion Books.

© de la traducción: María Antonia de Miquel, 2025

© de esta edición: Gatopardo ediciones S.L., 2025

Rambla de Catalunya, 131, 1.º-1.ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: octubre de 2025

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de cubierta: © Noma Bar

Imagen de solapa: © Alec Ryrie

ISBN: 979-13-990310-4-1

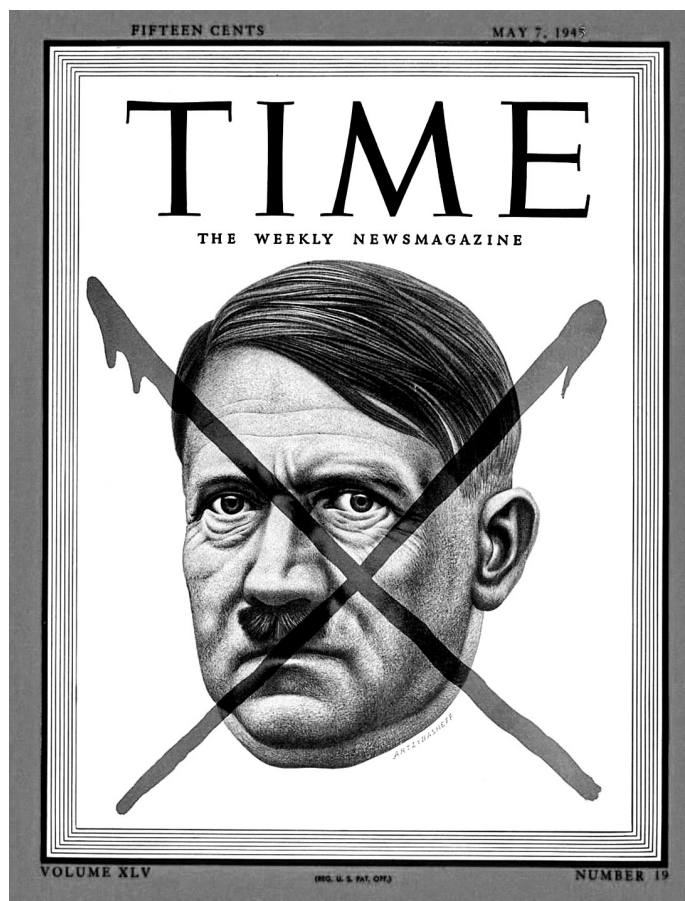
Depósito legal: B-16010-2025

Impresión: Liberdúplex, S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley,
la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea
electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de
cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Portada de la revista *Time*, 7 de mayo de 1945.



*A Christine Ryrie,
que lo ha visto todo*



INTRODUCCIÓN

La era de Hitler no es los años treinta y cuarenta del siglo pasado. Es nuestra propia época: comenzó en los años cuarenta, llegó a su apogeo en los sesenta y sólo ahora, al parecer, está tocando a su fin. Este libro trata de lo que supone considerar nuestra época bajo este prisma, y de lo que vendrá a continuación.

El periodo de «posguerra» (como seguimos denominándolo) es la era de Hitler porque Adolf Hitler es su figura más poderosa y la que le confiere unidad. Él es nuestra piedra de toque y nuestra barrera de contención. En un mundo en el que cada vez nos cuesta más ponernos de acuerdo en algo, por lo general todavía coincidimos en reprobarlo. O, mejor dicho, los pocos que lo defienden demuestran así que son unos monstruos. Siempre que queremos condenar a alguien, tendemos casi por instinto a compararle con él. Su indiscutible maldad lo convierte en un punto de referencia sin par y de valor incalculable en nuestro panorama moral. En cuanto Rusia invadió Ucrania en 2022, empezaron a aparecer imágenes de Vladimir Putin con el inconfun-

dible bigotito de cepillo, a pesar de que él proclamaba a los cuatro vientos (y de forma absurda) que el objetivo de su guerra era «desnazificar» Ucrania. Se diría que, incluso ahora, seguimos definiendo nuestros valores básicamente, y en última instancia, con referencia a los nazis, y nos resulta imposible desprendernos de la fascinación que sentimos por ellos y por su líder.

Recuerdo que la primera vez que oí el nombre de Hitler fue cuando tenía unos seis años, hacia finales de los setenta. Le pregunté a mi madre algo así como: «¿Quién es la peor persona que ha existido?». Estoy seguro de que me dio una respuesta mesurada y sensata, pero mencionó un nombre. Y bien, ¿a qué otra persona podría haber elegido? ¿A quién elegiría usted? Aquel nombre se me quedó incrustado en el cerebro como un zumbido: el mal es fascinante, y los absolutos también. Mi siguiente ráfaga de memoria —puede que fuera meses después, puede que aquella misma tarde— es haberle preguntado: «¿Alguna vez se ha escrito un libro sobre Hitler?». Recuerdo que en aquel momento sentí que mi pregunta era un poco embarazosa. Intuía que escribir un libro sobre un hombre malo estaba mal, y que quizá el mero hecho de preguntar por él fuese reprobable. Pero ansiaba saber más sobre aquel villano, aquel dechado de maldad. Y, para mi sorpresa, mi madre respondió: «Oh, sí, hay muchos libros sobre él». Señaló hacia un estante alto, a un grueso volumen en tapa dura cuyo lomo lucía aquel nombre en letras enormes y descarachadas: el ejemplar que poseía mi padre de *Hitler, estudio de una tiranía*, la biografía de Alan Bullock de 1952.

Es posible que mi intuición infantil fuese moralmente acertada, pero por supuesto me equivocaba de medio a medio, dado que existen infinidad de libros sobre Hitler, y cada año más: no sólo porque fue un personaje histórico de enorme relevancia, sino porque no soy el único que siente fascinación por el mal. Los historiadores se ven obligados a compartir a Hitler con narradores, mitógrafos y todo aquel que desee alegrar su copa con un chorrito de licor moral barato. Contamos y reinventamos una y otra vez su historia, lo mismo que la epopeya de la guerra en su contra, de una fecundidad inacabable. Más de medio siglo después, siguen apareciendo películas, libros y documentales cuya aproximación a la figura de Hitler resulta cada vez más etérea.

Y helo aquí también, en el título de este libro. Pero es una artimaña: en realidad este libro no trata sobre Hitler. Trata sobre nosotros. No es ni siquiera un tratado de historia, de los que recopilan pruebas nuevas e ignotas para contarle al lector algo que desconoce. En lugar de eso, les voy a contar un relato sobre nuestro tiempo e incluso sobre nosotros mismos que —espero— les resultará familiar. Pretendo únicamente dotar de un marco a lo que ya sabemos, o colocar un espejo frente a nuestra época en un ángulo determinado, confiando en que sabremos reconocer la imagen que nos devuelve.

Estoy especializado en la historia de un periodo bastante anterior a éste. En rigor, no me compete adentrarme en los tiempos modernos. Pero este libro me ha estado reconcomiendo y se ha empeñado en que lo escriba, no sólo porque creo que es mi deber hacerlo, sino

porque entiendo que tiene importancia. Consideramos que nuestros valores —nuestra noción del bien y del mal, nuestras convicciones más profundas respecto a la justicia y los derechos humanos— son verdades eternas, evidentes. A mí, al menos, así me lo parece. No podemos evitar menospreciar a nuestros antepasados por haber sido incapaces de ver las verdades que nosotros vemos, ni podemos evitar pensar que, ahora que las hemos asimilado, no las olvidaremos nunca. Pero esto es sencillamente falso. Un error demostrable, una apreciación incorrecta. Nuestros valores, mis valores, son el resultado de un proceso histórico concreto, un proceso en el cual la Segunda Guerra Mundial fue determinante. Son mucho menos inamovibles y mucho más precarios y frágiles de lo que nuestra intuición nos hace creer. Y en este preciso momento están en proceso de cambio.

Tengo para mí que el nazismo es la personificación moderna del mal. Confío en que el lector sentirá lo mismo. Por eso, la perspectiva de que estos valores fundamentales se desplacen bajo nuestros pies resulta aterradora. Pero, claramente, está sucediendo. La era de Hitler, la era en que la fascinación y el horror ante el nazismo se apoderaron de nuestra imaginación moral, está tocando a su fin. La mayoría hemos vivido gran parte de nuestra vida en una era de consenso generalizado y estable en cuanto a los valores básicos que compartimos, pero, de un tiempo a esta parte, cunde la impresión de que en los años venideros la estabilidad y el consenso serán un bien escaso. Por más alarmante que resulte esta perspectiva, sostengo que tiene su parte

positiva. La concepción del bien y del mal que desarrollamos a partir de la Segunda Guerra Mundial es válida hasta cierto punto, pero no llega lo bastante lejos. Sencillamente, la era de Hitler no nos ha preparado para afrontar ciertas instancias de maldad, y en cambio nos ha legado algunas lecciones truculentas y peligrosas. En los capítulos finales de este libro abordo la cuestión de adónde se encaminan nuestros valores compartidos, cada vez más fracturados, adónde creo que deberían encaminarse y cómo podríamos, tal vez, llevarlos a buen puerto.

De entrada, ¿quién es este «nosotros» del que estoy hablando? La respuesta simple es: las culturas «occidentales» de Europa, Norteamérica y sus sucursales culturales en todo el mundo; en particular, Estados Unidos y Gran Bretaña, los países anglófonos que se consideran los héroes de la Segunda Guerra Mundial, unos países cuyas trayectorias a lo largo de la era de Hitler, similares aunque distintas, han tenido una gran influencia más allá de sus fronteras.

Sin embargo, este libro no es sólo una historia provinciana de un rincón del mundo. Parte de la importancia de la era de Hitler reside en que sus valores son —o dicen ser— universales. Durante la guerra, los Aliados se autodenominaron oficialmente las «Naciones Unidas». Luego traspasaron este nombre a la nueva organización global que crearon en 1945, cuyo Consejo de Seguridad reproducía su desfile de vencedores. Todo el entramado institucional del mundo de posguerra —en especial la Declaración Universal de los Derechos Hu-

manos de 1948— se concibió a la sombra de la Segunda Guerra Mundial y se diseñó exprofeso para aplicar en todo el planeta las lecciones tan penosamente aprendidas en aquella contienda.

Aquel propósito nunca terminó de cuajar, ni siquiera entre los Aliados victoriosos. En Rusia —que sufrió más bajas que ningún otro país— se conmemora no una Guerra Mundial, sino una Gran Guerra Patriótica: una lucha particular, no universal. Igualmente, el papel decisivo de China en la guerra contra Japón ha sido en buena parte suprimido de la narración «universal» de Occidente. Aun así, es indudable que los valores de la era de Hitler han tenido una incidencia crucial en el mundo entero, y han influido especialmente (aunque no han sido los únicos) en el comportamiento de las potencias occidentales. En efecto, la era de Hitler es aquella en que los vencedores occidentales de la Segunda Guerra Mundial han sentado las bases del concierto internacional. Ésta es una de las cosas que están tocando a su fin.

Para ver cómo ha sucedido, analicemos qué ocurre cuando alguien, en algún lugar del mundo, rehúsa atenerse a estos valores antinazis compartidos, o es incapaz de hacerlo. En ocasiones, se trata de una negativa simbólica y provocadora. Por ejemplo, en Zimbabue, a finales de la década de 1990, Chenjerai Hunzvi, un esbirro particularmente brutal (se describía a sí mismo como «terrorista») que actuaba en nombre del partido en el poder, adoptó el apodo de «Hitler», del que se mostraba muy ufano. Quería indicar así su crueldad

respecto a los opositores al régimen, para aterrorizarlos y atajar cualquier crítica que pudiesen formular contra él. En este sentido, el apodo funcionó. Sin embargo, para cualquiera que aún estuviese dispuesto a concederle el beneficio de la duda al Gobierno de Zimbabue, no auguraba nada bueno. Las campañas de tortura e intimidación que Hunzvi emprendió contra los opositores al régimen se hicieron tristemente célebres a nivel internacional y contribuyeron a convencer al mundo de que los gobernantes de Zimbabue no eran unos luchadores por la libertad, sino unos depredadores.¹

Sigue siendo muy poco corriente que alguien se alinee hasta este punto con el Hitler original. Lo más frecuente es que determinadas personas o movimientos se desacrediten por evidenciar resabios nazis involuntarios o mal disimulados. Uno de los ejemplos más claros es la persistente tendencia de muchos movimientos antisraelíes y antisionistas de todo el mundo a incurrir, o a recaer, en un antisemitismo declarado. Durante la mayor parte de mi vida, quienes infringían este tabú en las sociedades occidentales quedaban automáticamente condenados al ostracismo; ahora, esta reacción no es tan intensa como antes. Pero el antisemitismo no es el único fenómeno capaz de activar nuestros anticuerpos contra los nazis. Tal vez a Vladimir Putin le sorprendiese que su invasión de Ucrania en 2022 suscitase en Occidente una respuesta tan radicalmente opuesta a la que suscitaron sus igualmente brutales guerras en Chechenia o Siria, o su anexión de Crimea, también ilegal. Pero ninguna de estas acciones anteriores fue una flagrante

invasión armada a gran escala de un Estado soberano vecino, lo que a la postre activó en Europa la memoria colectiva de los años 1938-1940. Durante los últimos ochenta años, para cualquier aspirante a carnicero o tirano, el mejor consejo a seguir ha sido: trata de oprimir a la gente de una manera que no remita directamente al nazismo. Tendrás muchas más probabilidades de salirte con la tuya.

Así pues, mi relato se compone de círculos concéntricos, con el Atlántico anglófono en el centro, que luego se extienden al resto de Europa y finalmente al resto del planeta. Si esto parece eurocéntrico y atlantista, no es por casualidad. La era de Hitler es un fenómeno atlantista, y procede de una época de la historia mundial dominada por el Atlántico. No es una coincidencia que esta época y la era de Hitler lleguen a su fin al mismo tiempo. En su mayor parte, el resto del planeta se ha cansado de estar supeditado a los traumas históricos de Europa.

Por supuesto, no soy el primero en darse cuenta de que el mundo contemporáneo está obsesionado con el nazismo, ni de que los nazis adquieren un papel protagonista en nuestra ética, pero muchos abordan este asunto a partir de unas premisas políticas polémicas que no comparto. El novelista y activista francés Renaud Camus, famoso por ser el creador del meme de extrema derecha del «gran reemplazo», lamenta lo que él denomina «la segunda carrera de Adolf Hitler»: su influencia como símbolo moral. Personajes provenientes de diferentes sectores de la derecha política y religiosa

se han sumado a Camus para denunciar el «culto a Hitler» o «el segundo advenimiento de Hitler»; se refieren así a la utilización del fantasma del nazismo para justificar diversas iniciativas que reprueban. Estas voces de la derecha se refieren a nuestra obsesión con los nazis como una «religión delirante de superioridad moral» que está provocando una «deriva nihilista», y creen que deberíamos dejar de tenerles tanto miedo a esos ogros con esvásticas.² Yo no opino lo mismo. No quiero que desaprendamos las lecciones del nazismo, unas lecciones que aprendimos a un coste terrible. Admitir que Hitler representa una encarnación realmente excepcional del mal es el primer paso hacia la sabiduría. Sin embargo, en mi opinión, admitirlo sólo es el comienzo; no basta con eso. El convencimiento de que Hitler es el paradigma del mal es incapaz de soportar la carga que nuestra época le impone, y en estos momentos se está resquebrajando. Aquí reflexiono sobre cómo se ha originado este problema y cómo podría resolverse.

El libro consta de tres partes. En la primera parte estudio cómo surgió la era de Hitler, es decir, cómo el mundo euroamericano llegó a basar sus valores y su ética en la historia de la Segunda Guerra Mundial, en lugar de en unos sistemas de valores diferentes o más antiguos. Entre otras cosas, creo que esto explica por qué unas sociedades tradicionalmente dominadas por el cristianismo se han secularizado, en apariencia, tan rápidamente. Sugiero que, aunque creamos que esas sociedades están muy fracturadas y fragmentadas, nuestros valores compartidos son más profundos de lo

que solemos admitir. Pero también advierto de que este consenso es más frágil de lo que creemos.

En la segunda parte analizo dónde nos encontramos ahora y en particular cómo nuestro sistema de valores común, que se define con referencia al nazismo, está empezando a desmoronarse. No se trata sólo de que las enseñanzas morales que extraemos de la historia del nazismo estén cambiando, ni de que el tabú del nazismo se esté desgastando. En términos generales, resulta obvio que el relato antinazi no alcanza a hacer todo lo que le pedimos. Saber que Hitler era un monstruo no basta para orientarnos en el mundo actual. Por tanto, resulta crucial saber si aparecerá un nuevo consenso acerca de los valores que compartimos y, de ser así, en qué consistirá.

A la batalla que se está librando en torno a este asunto la denominamos nuestra «guerra cultural». La tercera parte mira hacia el futuro partiendo de esta historia para analizar el posible desarrollo de esta guerra cultural o guerra de valores. Sobre esto soy optimista, aunque no esté de moda serlo. Es más, como historiador, creo que es casi inevitable que esta batalla llegue a algún tipo de resolución. Dirigiéndome alternativamente a las dos grandes coaliciones enzarzadas en nuestra guerra cultural, esbozo qué forma podría tomar dicha resolución, justifico por qué ambos bandos deberían buscarla y sugiero que los verdaderos «ganadores» serán quienes antes la alcancen.

Pero, para encontrarle algún sentido a todo esto, primero necesitamos echar la vista atrás.

PRIMERA PARTE

Cómo hemos llegado hasta aquí



LA HISTORIA MÁS GRANDE JAMÁS CONTADA

En 1947, la cadena estadounidense ABC comenzó a emitir un serial radiofónico que llevaba el modesto título de *La historia más grande jamás contada*. Permaneció en antena durante casi diez años, se emitió en más de cincuenta países y dio lugar a una novela y, más adelante, a una película épica con un reparto estelar. El provocador e irresistible título era un guiño deliberado a un poema titulado «Cuéntame la vieja, vieja historia», escrito por una mujer inglesa en 1866, que se musicó al año siguiente y se convirtió en un himno popular.

Ni el título del poema ni el del serial radiofónico nombraban explícitamente la «historia» en cuestión. Ése era el quid: se suponía que uno debía saber, de inmediato, que aludía a la historia de la vida, muerte y resurrección de Jesús de Nazaret. Cuando Katherine Hankey escribió su poema, igual que durante muchas décadas después, ése era el relato más importante de la cultura occidental. La figura de Jesús, en particular, poseía una autoridad moral extraordinaria. El hecho de que yo de-

nomine a la edad contemporánea «la era de Hitler» se debe a que, en el mundo de posguerra, la historia de Jesús como narración definitoria de nuestra cultura se ha visto desplazada por la de la Segunda Guerra Mundial. ¿Cómo es posible que la «historia más grande» de nuestra cultura pasase a ser el relato antinazi en vez del cristiano? He aquí el tema de este primer capítulo.

No es que la sociedad victoriana, a uno y otro lado del Atlántico, fuese cristiana en su totalidad. En su momento, daba la impresión de ser una época de secularización desordenada. Como es bien sabido, Friedrich Nietzsche declaró en 1882 que Dios había muerto y que «nosotros» —quienesquiera que fuesen— lo habíamos matado. Las filosofías y las cosmovisiones alternativas proliferaban por doquier. La teoría de la evolución de Charles Darwin (según algunos) había hecho que Dios fuese innecesario; acto seguido, personajes como Herbert Spencer la distorsionaron para convertirla en una teoría eugenésica basada en la idea de una fuerza vital progresiva. Historiadores y arqueólogos llegaron a lo que hoy nos parecen unas conclusiones bastante exageradas acerca de la escasa fiabilidad de la Biblia. Los marxistas rechazaban el cristianismo por considerarlo una conspiración opresora. Las florecientes ciudades industriales arrinconaban los recintos eclesiásticos. Las escuelas laicas y el estado del bienestar estaban desplazando la función social de las iglesias. Espiritistas, teósofos y todo tipo de movimientos afines se disputaban el trono de las viejas ortodoxias, que retrocedían rápidamente.¹